

Cumpleaños

*Ma. Teresa Figueroa**

*Para Lupita Galarza,
que sabe de estas cosas.*

Para mi cumpleaños siempre traían elotes del rancho, mi mamá escogía los que tenían huitlacoche para preparar aquel guiso, que era el lujo de su cocina.

Mientras cortaba el hongo y rebanaba el elote, volvía a narrarme, como cada año:

Era el tercer lugar donde nos respondieron lo mismo.

–No hay camas, mejor vayan al Civil.– La voz de la enfermera sonó a disculpa y a urgencia. El vigilante de la entrada abrió la puerta para que saliéramos. La avenida estaba gris, nublada, y empezaban a encenderse las farolas de la calle.

Veníamos del Civil y ahí nos dijeron que al de la Mujer, en el de la Mujer nos mandaron a la López Mateos y ahí, otra vez lo mismo: no hay camas. Sentía feo, me detuve unos instantes para respirar hondo. Tu papá me miró angustiado y triste.

Mientras picaba delicadamente el ajo y la cebolla, mamá se quedaba un poco en suspenso, recordando...

Tu padre dijo que vería cómo pedir prestado. Pensé en que ya teníamos la deuda del terrenito, este donde ahora vivimos.

* Gestora Cultural y Promotora de Lectura, escritora y tallerista de escrituras creativas. Dirige el Centro Cultural "Los Ariles", en Tonalá, Jal. Ganadora del X Concurso de Historias de Lectura, Dirección de Publicaciones de CONACULTA y del Premio Nacional de Cuento Campirano, Universidad Autónoma de Chapingo, 2009. E-mail: matefida14@hotmail.com



–No te apures, chaparra– dijo sin mucho ánimo – ¿te duele mucho?

Negué con la cabeza, viéndolo tan afligido ni modo que le dijera que sentía como si una troca me estuviera pasando encima, que era lo que en ese momento sentía.

En Mexicaltzingo sonaron las campanas que llamanban al rosario. Había un puesto de tacos en la esquina de la maternidad, el chalán del taquero limpiaba las mesas, en el comal chisporroteaba la manteca.

–¿Quieres unos tacos?– dijo tu padre – mientras, a ver si se me ocurre algo.

No habíamos comido. A eso de las tres le había hablado al taller para decirle que sentía algo raro.

–Como que tengo calambres en la panza– le había dicho.

Mamá detenía su relato, suspiraba con el recuerdo y con voz media quebrada, me mandaba al patio a buscar una rama de epazote y un puño de verdolagas.

–Fíjate bien que no tengan semillas, porque la semillita amarga el guiso.–

Cuando yo volvía con el epazote y las verdolagas, mamá las revisaba minuciosamente, si alguna empezaba a echar semilla, me regresaba a buscar otras ramas más tiernas.

Lavábamos las hierbas, hoja por hoja, y mamá hacía una pausa para seguir contando:

Sabíamos que ya estaba en días, me habían revisado en el Civil cada mes y decían que iba bien, hasta un ultrasonido me hicieron, y sabíamos que en estos días tendríamos novedades. Como habíamos comprado el terrenito, estábamos viviendo en casa de tu Abu. Ella nos había ofrecido que nos quedáramos en el cuartito de atrás, mientras concluíamos la casa.

– Come tú –le dije a tu papá–. Ya ves que en la otra maternidad dijeron que no fuera a comer nada.

–Pero no has probado alimento desde en la mañana– contestó.

Nos sentamos en la mesita que limpió el chalán, pidió sus tacos y yo me animé a comerme uno. Cada vez los dolores eran más fuertes.

–Deja le llamo a la jefa, a ver si tiene algunos centavos– dijo tu papá con cierta esperanza.

Por el teléfono le explicó a tu Abu que me tenía que llevar a una clínica privada. En el barrio habían abierto una maternidad dos meses atrás, tenía un letrero grande “Parto sin dolor. Cesareas”. Di unos pasos torpes mientras pasaba uno de aquellos calambres.



Mamá separaba todas las hojitas del tallo de la verdolaga y picaba el epazote, seguía con la historia:

Tan seguros que estábamos de que ibas a nacer en el Civil. Hacía seis meses que nos habían dado un tarjetón donde anotaban mi peso, la presión, la medida de mi panza. Dijeron que cuando fuera el momento, llegáramos a la puerta de urgencias y mostráramos ese papel, no habría problema. Pero justo ese día salieron con que no había camas.

– De haber sabido, no nos encharcamos con lo del terreno –repetía tu padre– cómo nos hubiera servido esa lanita ahora.

Sentí que un relámpago me traspasaba de arriba abajo, fue entonces cuando tuve un pensamiento claro.

–¿Y si vamos con doña Lupita?– le dije.

–¿Con doña Lupita?, cómo crees, ni que estuviéramos en el rancho.–

–Tu mamá me llevó tres veces a que me sobara y me sentí muy a gusto– contesté.

–Pero si la señora ya está mayor, ¿qué va saber de medicinas modernas?–

Mi corazón me decía que ese era el camino. Tú ya estabas a la puerta y en toda Guadalajara no había un lugar para que nacieras. Cada vez los dolores me sacudían con más fuerza.

–Doña Lupe me dijo que no estoy enferma, que nada más estoy embarazada. Cuando me sobó dijo que iba muy bien, que va a ser niña, igual me dijeron en el Civil cuando el ultrasonido– insistí.

No había otra maternidad económica, están las del Seguro, pero el patrón no había dado de alta a tu papá, el negocio iba empezando y don Graciano le había dicho que tuviera tantita paciencia.

Mamá ponía a sofreír ajo y cebolla en la manteca. Reflexionaba entonces:

En las películas los niños nacen en hospitales, en clínicas, pero mi madre decía que yo y todos mis hermanos nacimos en la casa.

–No tenemos de otra– le dije a tu papá, ya con urgencia –Ni modo de parir en la calle.–

Ya estaba oscurecido, apenas se veía alguna estrella detrás de las farolas. Tu papá asintió con la cabeza y le marcó a tu Abu.

Cuando llegamos todo olía bonito. Ya estaba ahí doña Lupe sahumando los rincones. El cuartito estaba recién lavado, habían sacado unas sábanas nuevas.



En una mesa estaba la imagen de la virgencita con su veladora prendida, gardenias y rosas, un vaso de agua, papel picado y piedras de colores, Abu había puesto esa ofrenda para que me cuidara. Del patio llegaba el aroma de ocote y copal con que se sahumó la casa. Había tanta tranquilidad que cuando otra vez se me tensó el cuerpo, en lugar de dolor sentí como si algo muy poderoso me brotara desde dentro.

–¿Comiste bien, muchacha?– me preguntó doña Lupe.

–Un taco... es que me dijeron...– quise contestar.

–Tú come bien, algo que te guste, algo que se te antoje– dijo. –Tráiganle un agua fresca, lo que hayan hecho de comer– dijo la partera.

Igual que hoy, del rancho habían traído elotes y tu abuela apartó los que tenían huitlacoche, eso cenamos aquel día, era como una fiesta. Me sentí contenta, aunque la fuerza aquella que me partía el cuerpo me traspasaba cada tantos.

–Tú tranquila, muchacha, ¿no tienen por aquí música de alabanzas?– preguntó doña Lupita.

Trajeron la grabadora y doña Lupe puso unos cantos de las alabanzas de su pueblo.

Ya en el cuartito alguien había arrimado un taburete tejido como equipal, doña Lupe dijo que me sentara y rítmicamente me sobó el vientre hinchado, talló poco a poco, puso su mano bajo mis senos:

–Ya bajó– dijo– pero todavía falta un rato, trata de dormir un poco.

Cuando el ajo y la cebolla estaban transparentes, mi mamá agregaba el huitlacoche, las hojas de verdolaga y el epazote, ponía la tapa y la sellaba con un poco de masa. No perdía el hilo del relato:

Me recosté de lado. Tu abuela y doña Lupe platicaron historias viejas, de cuando nació el primo de tu papá, de cuando Chuy traía el chiquillo atravesado y tardaron las horas en acomodarlo, se acordaron de la cara de los papás o los novios asustados y soltaron la carcajada.

–¿Será que hay efecto de luna?– dijo tu Abu.

–Comadre, cuando al chamaco se le antoja nacer no hay luna que mande– le contestó doña Lupe.

Y otra vez soltaron la carcajada.

Miré por la ventana, apenas había un dibujo de luna nueva en la oscuridad del cielo, recuerdo muchas estrellas y un aire frío, oloroso a resinas. Estaba buscando hongos en el potrero de mi abuelo, el toro barcino me miró fijamente, corrió, brincó la cerca; yo huía a todo lo que daban mis piernas pero el



animal me envistió, golpeó mi espalda, me partí en pedaitos. Desperté con el corazón loco de espanto.

– No pasa nada muchacha, tranquila, te quedaste dormida.

Doña Lupe me talló la cabeza.

–Deja hacerte una trenza–

Cuidadosamente acomodó mi cabello. Me senté al borde de la cama, tenía la frente húmeda, respiraba entrecortadamente.

–Está bien, respira hondo, hija– explicó doña Lupe.

Con una toallita húmeda tu abuela me limpió la frente.

–Traigan la mixtura que dejé en la estufa– pidió la partera.

Trajeron una cazuela con un aceite claro y caliente, parecía un caldo con muchas hierbas, con eso me tallaron la barriga. El relámpago del esfuerzo atravesó otra vez mi cuerpo. Tu papá me abrazó quedito.

–¿Cómo estás más a gusto?– preguntó –¿Quieres pararte o sentarte en otro lado?–

Cosa de diez minutos y el huitlacoche olía a gloria. No se debía destapar por otros cinco minutos. Mamá seguía narrando:

Estaba muy cansada. Ya de pie, doña Lupe me frotó la espalda, me dijo que ondulara la cadera, que doblara un poco las piernas. En la parte de debajo de la espalda yo sentía los huesos abiertos, doña Lupe los palpó.

–Siéntate en el taburete– dijo.

–A ver muchacho– ordenó a tu padre –pon tus brazos debajo de los de ella y sostenla muy fuerte.–

Un grito traspasó la noche, un trueno monumental después del rayo ¿Quién grita desde tan hondo? Era mi voz. Mi espalda se desmadejó en ese momento, luego volvió a ser una cuerda tirante.

–Abre tus piernitas– indicó la partera –cuando venga el impulso, no grites, puja, puja con todas tus fuerzas.–

Estuvimos así un tiempo infinito, un siglo, un año, no sé, perdí la idea de cuándo o dónde estábamos. Oí chirriar a los grillos, oí el graznido de un cuervo, algún pájaro cantaba. Entonces un pujido único, fuerte, concentrado, terco.



Llevábamos el guiso de huitlacoche a la mesa, como si fuera una ofrenda, le hablábamos a mi Abu, a papá, a los invitados:

–Vengan a comer–

Como en un ritual, en la mesa, mi madre concluía su relato:

Doña Lupe tomó tu cuerpo vibrante, lloraste como nunca había oído llorar a nadie, como si se abriera un túnel que separa dos mundos, como si se cavara un agujero en el cielo. Doña Lupe puso sobre mí tu leve cuerpo, también húmedo y cansado. Fue un momento mágico, nadie se movía, nadie hablaba. En la ventana el cielo se había vuelto anaranjado, olía a limones por aquí cerca y un estruendo de pájaros festejaba el día.

Después, despertábamos del encanto de la historia. Me cantaban las mañanitas, nos servíamos el huitlacoche y y teníamos tema para hablar del mundo, para bendecir el guisado y para dar gracias a Dios por la vida, por mi mamá que cocina tan rico y por las mujeres que se dedican a ser parteras.

